ESCRIBIENDO AFORISMOS…HASTA EL ÚLTIMO ALIENTO

Entrevista al editor y aforista **JOSÉ LUIS TRULLO**

José Luis Trullo (Barcelona, 1967) es licenciado en Filología Hispánica. Entre sus últimos libros publicados se encuentran Naranjas de la China (2023) y Retorno al humanismo. Lecturas de sabiduría perenne (2024). En el ámbito del aforismo, en 2015 fundó la revista digital El Aforista y la colección Libros al Albur. Compuso a cuatro manos Meandros, junto a Ander Mayora (2020), y Remiúrgica, junto a Juan Manuel Uría (2022). Reunió sus ensayos sobre el tema en Expirar en la frase más breve. Sobre el aforismo y más allá (2021). Dirige la sección de Aforismo de la revista digital Culturamas y la colección Gnomon de la editorial Thémata; además, preside la entidad sin ánimo de lucro Apeadero de Aforistas. Su heterónimo Felix Trull ha publicado Metas volantes (2015), La lección de Pulgarcito (2019), Y de pronto, amanece (2020), Nunca se sabe (2021), con su ortónimo Trullo, y Los amores imposibles (2022), con la pintora Cristina Garrido, figurando en las principales antologías del género más breve.

Realizada por AITOR FRANCOS

Disciplinado y prolífico editor, gestor cultural, traductor y escritor, es uno de los grandes impulsores del género aforístico en España. Adelantándose a muchos, publicó ya en 1994 en prensa un artículo titulado ¿Qué es el aforismo?. Y en 1995 otro, en La Vanguardia, Escrituras fragmentarias. Conocedor como pocos de las singularidades y virtudes del género de lo breve, el suyo ha sido un esfuerzo de trabajo expansivo, pues ha preparado – o promovido y publicado-, infatigablemente, antologías, reseñas, webs, congresos y colecciones editoriales ahora ya consolidadas. Muy generosamente además ha dejado contenidos- y libros enteros- en la red, de acceso libre y gratuito para los lectores.

¿Cómo fue tu acercamiento al aforismo? Primero no sé si fue escribirlos. O traducirlos. O leerlos. Y dónde. Por indicación, consejo o sugerencia de quién. ¿Cómo llegaste a ellos y desde dónde?
Por iniciativa propia. Tal vez a los 20 años. Subrayando libros ajenos. Leyendo diarios de escritores y filósofos. Compilando citas espigadas de aquí y de allá. También gracias a Pere Saborit, que me regaló su libro (en catalán) *El plato preferido de los gusanos*, cuya traducción pude sacar luego en Trea. Pero el punto de inflexión fue la lectura de *El peso del mundo*, de Peter Handke, un diario en aforismos donde aparece esta frase: "Si no escribiera, no me enteraría de nada". Así sería, en adelante. Escribir para percatarme de lo que pasa, de lo que me pasa y de lo que permanece después de haber(me) pasado. Y todo ello en apuntes breves que me permitan ir a lo esencial, sin enredarme en las zarzas del pensamiento.

¿Cómo editor cuáles eran tus aspiraciones iniciales? ¿Con qué propósito empezaste?
En 1990 fundé *Los Trabajos de Sísifo*, un proyecto artesanal que ya recurría a un método que ahora es habitual: tiradas cortas en impresión digital. En 2015 creé *Libros al Albur*; aun careciendo de distribuidora, pude contar en mi catálogo con aforistas como Ramón Eder, Gabriel Insausti, Antonio Rivero Taravillo, Carmen Canet, Miguel Catalán o Dionisia García. En 2018 se crea *Apeadero de Aforistas* que, bajo el paraguas de Cypress Cultura, además de impulsar publicaciones se echa a la espalda la tarea de ayudar al aforismo a alcanzar nuevas cotas de ambición.

Creo que sin el impulso de J. L. Trullo al género del aforismo, sería difícilmente imaginable el esplendor actual que tiene en España, al menos creo que se te debe buena parte del florecimiento y de su promoción. Abres foros, discusiones, congresos; eso se suma a tu labor, inagotable, como editor en *Apeadero de Aforistas* o con colecciones como *Libros al Albur*, *Délfica* en Cypress o *Gnomon* en Thémata. ¿Con qué te identificas más? Como promotor entusiasta, como editor, como crítico…
Son facetas de un mismo poliedro. Pero su base es la meditación acerca del sentido de lo que (nos) ocurre. La escritura viene enseguida a dar forma a esa tarea, y luego –de manera natural, en mi caso– editar a otros compañeros de travesía y difundir lo que estimo valioso… Son círculos concéntricos cuya lógica profunda bebe del pozo de la reflexión personal. Lo demás son haces de luz que se proyectan desde ese foco central.

Editar también es de algún modo hacer crítica. De hecho, me interesa especialmente el Trullo crítico, que no se muerde la lengua.
Sí que me la muerdo: cuando decido no escribir una reseña sobre un libro que no me ha gustado en absoluto (que es muy a menudo). Trato de escribir para celebrar y compartir una alegría, o para advertir de un gran peligro. De lo contrario, prefiero ocupar mi tiempo en pensar, fotografiar, leer y escribir (por este orden).

Háblanos de Felix Trull. De cómo surgió y cual fue la motivación de ese desdoblamiento (que no seudónimo). Es, de hecho, y sorprendentemente, bastante infrecuente entre los aforistas españoles actuales el asumir una proyección literaria en u*n alter ego* o en una figura inventada un poco a lo Pessoa.
De hecho, lo considero un heterónimo. Felix Trull (sin tilde) –que remeda el Felix Krull de Thomas Mann– encarna mi yo más genuino, el que escribe al margen de cualquier interés y preocupación. El nombre empecé a usarlo en redes sociales, en un primer momento como un juego literario; pronto el personaje acabó independizándose, tanto, que acabamos firmando un libro a dos manos (*Nunca se sabe*): ahí se hace evidente que, si tuvieran que repartirse los papeles, el de Trullo sería el de pensador polémico y el de Trull, el de poeta huraño.

Te has acercado también al aforismo (y al pensamiento filosófico) desde lo dialógico, como en *Meandros. En torno a Heráclito*. En mi opinión el aforismo es parte de una conversación de la que se rescatan unas pocas sombras, solo puedo entender así su apariencia fragmentaria. En muchos de tus libros tus aforismos asumen la forma de un diálogo, de ecos. Casi nunca van sueltos, se estructuran en torno a ideas y temáticas y das importancia –no sólo en los tuyos, también en lo que publicas– al libro, al libro de aforismos, a que no sean aforismos sólo y sí un núcleo de pensamiento, circular y abierto, o laberíntico y cerrado, pero como un centro de gravedad de ideas.
Así es. De hecho, en *Nunca se sabe* hay una sección dedicada, justamente, a glosar el carácter dialógico del pensamiento, frente al cual el coloquio real, cara a cara, muchas veces se limita a un intercambio de monólogos o a un pulso entre dos combatientes. La dimensión comunicativa del *logos*, que no puede encerrarse en sí mismo porque su propia naturaleza exige una apertura a la alteridad, también se da en mis aforismos, en los cuales suelo ceder la última palabra al lector, tratando de no abrumarle con afirmaciones unívocas, sino invitándole a interpretar lo escrito por sí mismo. Por último, es cierto que en mis libros (tanto en los escritos como en los editados) cada vez me gusta más subsumir el aforismo aislado en un flujo discursivo mayor, de manera que, más que una isla rodeada de agua y silencio, acabe formando parte de una suerte de archipiélago donde, en efecto, todo dialoga con todo.

¿Algún credo inviolable como editor?
Soy bastante flexible. De hecho, evoluciono continuamente, y muchas veces a raíz de una propuesta ajena. Dejo el ámbito de las creencias férreas a mis convicciones religiosas, que las tengo, y muy asumidas.

Eres tremendamente productivo. En iniciativas y en libros. También en los propios. De hecho son muchos los que has escrito, no sé si destacarías alguno. Yo como lector, me decanto por *Nunca se sabe*, que firmas (lo has comentado antes) como Felix Trull y como José Luis Trullo. Uno y otro en estrechísima colaboración.
Más arriba me he referido a este libro. Es una especie de vademécum aforístico donde cubro un gran abanico de temas y registros literarios. *Y de pronto, amanece* (2020) para mí tiene un especial encanto porque es una reconstrucción –no siempre verídica– de una experiencia real de descubrimiento que se remonta a veinte años atrás. Pero es en *Metas*

volantes (2015), el primer libro de Felix Trull, donde creo que se puede conocer mi faceta menos condicionada, más libre y, hasta donde es posible, más genuina. Está disponible en acceso libre en la red.

El aforismo. Aseguraría que en general son dos los sistemas principales a los que nos adscribimos la mayoría de autores, no sé si lo compartirás. En algunos casos, es filosofía entendida como cuestionamiento y reflexión, y en otros, imagen y lógica poética. Luego entra lo formal, que si viene más ligero de equipaje verbal y sintáctico, o más versificado (y hasta con métrica), o si ya participa de una complejidad mayor y es fragmento de enjundia casi diarística o extracto perfectamente encajable en un texto o párrafo de filosofía. Tú, como editor, tienes una panorámica más amplia y directa de cómo es y cómo se ha ido moviendo y desdibujando a lo largo de las últimas décadas. ¿Cómo lo ves?
Comparto esa percepción. Todo poeta auténtico apunta a una idea que no siempre es un concepto, y desea transmitirla mediante una imagen que, más que construida, uno la experimenta como revelada (o descubierta). Por su parte, un pensador honesto aspira a comunicar las verdades a las que cree acceder utilizando un lenguaje rico, matizado y complejo (algo que la filosofía convencional muchas veces ni siquiera se plantea). En esa cuerda floja es por donde el aforista debe avanzar, sin conformarse con dar curso a frases bellas pero huecas, pero también sin ceder a la tentación de enunciar perogrulladas disfrazadas de oráculo. En nuestra tradición tenemos varios referentes que aúnan perfectamente ambas vertientes, pero sobre todos ellos para mí destaca Juan Ramón Jiménez, a quien considero un maestro absoluto del género.

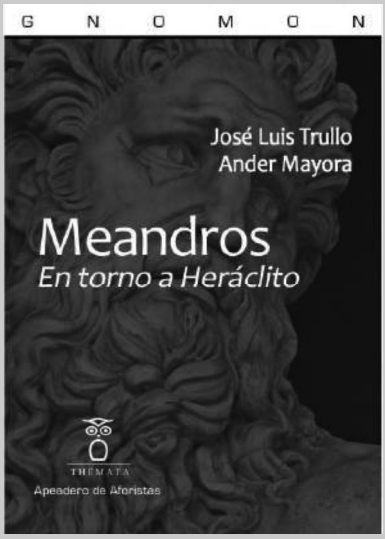
¿Tiene poder de cambio, de movilizar? ¿O es un espejismo y solo lo creemos los que lo practicamos y leemos?
Por lo pronto, tiene la capacidad de plantearte un reto. Como lector, puedes aceptarlo y entrar en el juego que te ofrece (interpretándolo, tratando de refutarlo, incluso reescribiéndolo o adaptándolo a tu gusto) o despacharlo de un plumazo sin mayor trámite. Esta virtualidad no está al alcance de todos los géneros. Ahora bien, verbos como "cambiar" o "movilizar" no creo que pertenezcan al orden de lo literario, sino de lo social, y por ahí sí que preferiría no meterme. Uno de mis aforismos afirmaba algo así como que un buen aforismo nunca podría figurar en una pancarta. Su acción transformadora es mucho más sutil. Si, según dicen, para provocar un ciclón en Nueva York basta con el aleteo de una mariposa en Tokio, ¿por qué no puede aspirar un buen aforismo a mudar, ya que no la realidad, al menos sí nuestra percepción de ella? No sería un logro menor.

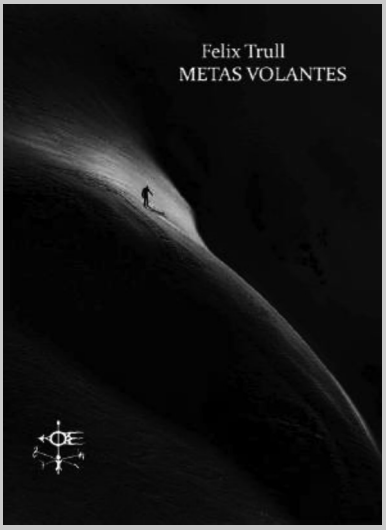
¿Es, o ha de ser, el aforista, esencialmente, un humanista?
Desde luego, ha de ser alguien que se interese por lo humano con una mirada despierta, una inteligencia humilde y un corazón generoso. En honor a la verdad, no todos los aforistas cumplen estos requisitos. Ciertos autores por todos conocidos han propiciado que en el aforismo hallen refugio vicios funestos como el resentimiento, la soberbia o la misantropía…

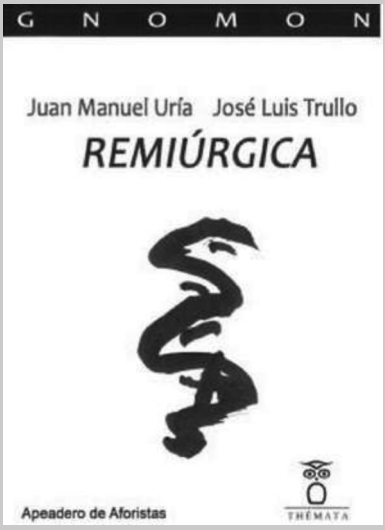
¿El presente actual del aforismo invita al entusiasmo?
No. De hecho, puede que estemos al principio de un nuevo invierno para el aforismo. Tras unos años de expansión desaforada (pongamos entre 2013 y 2023), se detectan signos claros de agotamiento. Por un lado, por mucho que se repita lo contrario como un *ritornello*, el aforismo ya no está de moda, y puedo demostrarlo con cifras. Por otro, la falta de ambición, de compromiso y de sentido del riesgo por parte de no pocos autores, críticos y editores ha provocado un estancamiento en las propuestas que está desperdiciando todo el interés acumulado durante este tiempo. De continuar así, en nuestro país el aforismo puede acabar volviendo a los arcenes de la literatura, lo cual no tiene por qué ser negativo: tal vez una exposición menor del género a las miradas le devuelva todo el encanto que puede estar perdiendo a los ojos de no pocos autores, críticos, editores… y lectores.

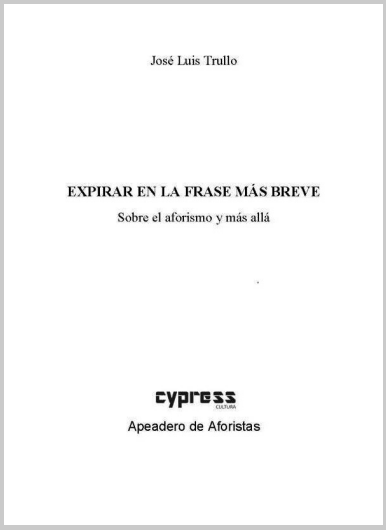
¿Cuál sería, entonces, tu balance de lo que ha ocurrido en el aforismo español durante estos últimos años?
Positivo, sin duda alguna. Ha permitido poner sobre la mesa, ante todo, una tradición que ni siquiera se reconocía a sí misma como tal. Ha inducido a la reflexión acerca de su especificidad, lo cual no es poco, ya que brevedad no es lo único que se le debe exigir a una frase para que merezca ser considerada aforismo. Y también ha llevado a muchos aforismos y a no pocos aforistas a poder ser leídos en unas condiciones que raramente se habían dado antes. La cosecha ha sido ubérrima, pero nada ni nadie se puede permitir el lujo de vivir de rentas. Hay que seguir arriesgando.

¿Cómo ves las colecciones actuales? A las que van resistiendo, me refiero.









Renqueantes y desorientadas. Las hay que inciden en los mismos errores que han llevado a algunas al cierre: falta de criterio, endogamia, inconsistencia, ausencia de una política de comunicación… Esa es una vía muerta. En los próximos años, solo veo dos caminos para evitar la hecatombe: seguir rescatando títulos señeros de nuestra tradición aforística (yo he tratado de contribuir a ello reeditando, entre otros, los *Aforismos del solitario*, de José Camón Aznar; *Fragua íntima*, de Rafael Dieste; o *Escrito en el aire*, la aforística reunida de Ángel Crespo de la mano de Manuel Neila) y apostar por libros realmente innovadores que planteen auténticas aventuras intelectuales y literarias y dejen de lado –al menos, durante un tiempo– las agotadoras misceláneas que ya no llevan a ninguna parte. El futuro del género más breve pasa por publicar menos libros "de" aforismos y más libros "con" aforismos. O esa es mi opinión personal, claro. Puedo estar equivocado, e incluso me alegraría de que así fuera porque el aforismo es mi patria chica: allí donde podría confinarse de por vida sin sentirme preso en absoluto. De hecho, sigo escribiendo aforismos todos los días, de manera metódica… y espero seguir haciéndolo hasta el último aliento.●